

Lopemaquia o el arte de vivir

Noticias - Cultura

Basta que me escuchen las estrellas

Producciones Micomicón

Teatro Moderno, 17 de abril de 2009

Hay culturas que se enorgullecen de sus héroes y de sus poetas y los mantienen vivos en su memoria. Otras, como la nuestra, prefieren olvidarlos, como si su recuerdo nos envileciera. El caso de Lope de Vega no es distinto. Algunas de sus obras, es cierto, aún se representan pero su figura vital ha desaparecido, oculta en las sombras del fénix de los ingenios. Y conviene recordar que hasta hace unas décadas aquí menospreciábamos el barroco por ser una época oscura, llena de poetas difíciles y de poemas indescifrables. A su rescate hubieron de llegar los filólogos alemanes y los directores ingleses que como Lauren Boswell nos descubrieron en Lope, lejos de la antropología teatral, el juego escénico de un autor contemporáneo.

En otra cultura, de Lope se hubieran hecho novelas, películas y hasta series de televisión. Su peripecia vital da para eso y para mucho más. Fue soldado en tiempos de Felipe II, poeta de los Siglos de Oro, amante desterrado, esposo de mujeres variopintas, autor de comedias de éxito, padre de extensa prole, polemista, sacerdote y enamorado de los gatos. En España, sin embargo, para hablar de aquellos tiempos preferimos el ninja Águila Roja o el Capitán Alatriste, porque nos parece que no conviene afean la obra del gran dramaturgo con recuerdos de una vida poco ejemplar. Nadie quiere aceptar que sin esa vida, tan licenciosa como llena de dolor, la obra de Lope no hubiera sido la misma.

Por eso resulta tan excepcional la propuesta de Micomicón de trabajar en la biografía de Lope de Vega y crear desde ahí un espectáculo que cautiva por su inteligencia y por su elegante ejecución. Es justo recordar que ya Laila Ripoll nos presentó hace unos años a un Lope de Vega muy divertido en aquel espectáculo de "cabarés" castizo llamado Castrucho. Ahora aquí, sobre la falsa apariencia de una comedia barroca que se desarrolla en tres jornadas, Ripoll y Llorente estructuran la vida del autor e intercalan en ella sonetos, canciones y anécdotas que aventuran la génesis de algunas de sus creaciones. Con gran habilidad mezclan el verso con la prosa y se ríen de algunas estúpidas teorías que aún siguen circulando sobre la claridad de Lope y la oscuridad de Góngora. Para ello hacen aparecer al primero en escena con un farol mientras el segundo, temeroso, se muestra desorientado en las callejuelas de la noche. Los autores, burlándose de tales teorías, ponen en boca de Góngora las palabras más elementales, su urgencia fisiológica, mientras que de los labios de Lope surgen conceptos de agudo ingenio.

En esta dramaturgia vemos así a Lope como un autor que lucha por sobrevivir, un autor que depende de nobles y de privilegios cuyo favor sólo alcanza prostituyendo su arte. La obra de Lope es así una "lopemaquia", una lucha consigo mismo por alcanzar una felicidad que la fortuna parece negarle.

A la dramaturgia de enorme mérito le corresponde un reparto actoral muy bien escogido. Con una gran variedad de tonos y de registros, los actores mantuvieron el ritmo durante las dos horas de la función. A ello acompañó, y mucho, la música instrumental que junto a las melodías barrocas tuvo la feliz idea de echar mano de viejos recursos de la tramoya de corral. Micomicón puede estar seguro que en esta función no sólo las estrellas les estaban escuchando pues el público, escaso en la platea, aplaudió, sin embargo, con entusiasmo y generosidad su labor. Lo que demuestra que no hace falta ninjas para que el necio vulgo se divierta.

